Fragmentos para una geografía del infierno

Miguel Morey*

Lo inenarrable

I. Cada vez es más raro encontrar gente que sepa contar bien algo. Es cada vez más frecuente que se vacile cuando se pide que se narre algo en voz alta. Es como si una capacidad, que nos parecía inextinguible, la más segura entre las seguras, de pronto nos fuera sustraída. A saber, la capacidad de intercambiar experiencias.

Una causa de ese fenómeno es evidente: la experiencia está en trance de desaparecer. Y todo parece como si prosiguiera hundiéndose. Un vistazo echado a un diario cualquiera demuestra que se ha alcanzado un nuevo nivel inferior, en el cual no sólo la imagen del mundo exterior, sino también la imagen del mundo moral han sufrido, de la noche a la mañana, cambios que nunca se tuvo por posibles. Con la guerra mundial comenzó a manifestarse un movimiento que hasta ahora no se ha detenido. *¿No se advirtió durante la guerra, que la gente volvía muda del campo de batalla? No más rica en experiencias transmisibles sino más pobre.* Lo que, diez años después, se vertió en el caudal de libros de guerra era una cosa muy distinta a la experiencia que pasa de boca en boca. Ya no era cosa de asombrarse. Puesto que nunca se relegó la experiencia frente a básicas mentiras como la estrategia por la guerra de posiciones, la económica con la inflación, la del propio cuerpo con la batalla de materiales de guerra o la mortal con el poder. Una generación que había ido a la escuela en tranvía de caballos, de pronto se encontró bajo el cielo abierto en un paisaje en el nada había quedado igual, salvo las nubes, teniendo bajo los pies, en un campo

* Profesor-investigador de la Universidad de Barcelona.

de fuerzas de corrientes y explosiones destructoras, el minúsculo y frágil cuerpo humano (W Benjamín, *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov*, 1936).

* * *

II. Las primeras noticias sobre los campos nazis de exterminio empezaron a difundirse en el año crucial de 1942. Eran noticias vagas, pero acordes entre sí: perfilaban una matanza de proporciones tan vastas, de una crueldad tan exagerada, de motivos tan intrincados, que la gente tendía a rechazarlas por su misma enormidad. Es significativo que este rechazo hubiese sido confiadamente previsto por los propios culpables; muchos sobrevivientes (entre nosotros, Simon Wiesenthal en las últimas páginas de *Gli assassini sono fra noi*) recuerdan que los soldados de las SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros:

"De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero si incluso alguno lograra escapar el mundo no le creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del Lager, seremos nosotros quienes la escriban."

Es curioso que esa misma idea ("aunque lo contásemos, no nos creerían") aflorara, en forma de sueño nocturno, de la desesperación de los prisioneros. Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados y no ser creídos ni siquiera escuchados. En la variante más típica (y más cruel), el interlocutor se daba la vuelta y se alejaba en silencio (Primo Levi, / *sommersi e i salvati*, 1986).

dad y será utilizada para vincular a los individuos a los aparatos sociales vehiculando así el secuestro que resultará constitutivo del modo de producción capitalista (*Lepouvoir et la norme*, 1974).

Una miopía locuaz

Muy otro es el relato que Adorno nos da de lo que ve en Auschwitz y muy otra su experiencia.

Quizá haya sido falso decir que después de Auschwitz ya no se pueden escribir poemas. Lo que en cambio no es falso es la cuestión menos cultural de si se puede seguir viviendo después de Auschwitz... Hitler ha impuesto a los hombres un nuevo imperativo categórico para su actual estado de esclavitud: el de orientar su pensamiento y acción de modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a ocurrir nada semejante... Auschwitz demostró irrefutablemente el fracaso de la cultura. El hecho de que Auschwitz haya podido ocurrir en medio de toda una tradición filosófica, artística y científico ilustradora, encierra más contenido que el hecho de que el espíritu no llegara a prender en los hombres y cambiarlos. En esos santuarios del espíritu, en la pretensión enfática de su autarquía es precisamente donde radica la mentira. Toda la cultura después de Auschwitz, junto con la crítica contra ella, es basura (*Hundscheissé*). (T.W. Adorno, "Meditaciones sobre la metafísica", en *Negative Dialektik*, 1966.)

Un **punto** de perplejidad ante el gran calibre de su voluntarismo optimista es inevitable. Ante esa mirada de cuerpo ausente, la pregunta es ¿qué sentido tiene ese optimismo? ¿En qué sentido estamos "después de Auschwitz", en el sentido en que nos son lejanos los motores de vapor? ¿Por qué es imposible pensar que Auschwitz es la confirmación de que el espíritu (una tradición filosófica, artística y científico ilustradora) llegó realmente a prender en los hombres y que los cambió -que el invento de esa tradición y ese espíritu, ese tipo de autoconciencia como cultura está detrás, sosteniendo Auschwitz? Y además y por encima de todo, ¿qué mundo de experiencia posible nos abre el pensarnos según los términos de un imperativo categórico para esclavos?

¿Por qué Auschwitz?

Indudablemente, Auschwitz es un emblema, pero ¿de qué exactamente? Casi la única explicación la encontramos en su supuesta eficacia mortal. Se calcula que allí murieron entre un millón doscientas mil y doscientas cincuenta mil personas. Y lo que sobrecoge al escuchar estas cifras siempre es el "entre". En 1943, con cinco hornos crematorios funcionando a pleno rendimiento, el número de víctimas dianas se estima en cuatro mil setecientas cincuenta y seis. La explicación por la eficacia se justifica sobradamente, aunque sorprenda que no acostumbremos a preguntarnos qué importancia tenía Auschwitz para los nazis.

En cualquier caso, Auschwitz es emblema de muchos malentendidos. El primero, el de los precedentes invocados: ya sean las reservas indias del Oeste Americano, a partir de 1830, ya sea la guerra de los Boers entre 1899 y 1902, cuando se inventó el término, *concentraron camp*. Lo primero que hay que recordar es que el Lager no es un invento de guerra: el primer campo fue Dachau y se fundó el 22 de marzo de 1933. El mariscal Hindenburg había nombrado a Hitler canciller el 30 de enero de 1933, y éste tardará dos meses en hacerse otorgar los plenos poderes, durante cuatro años, por la Reichstag. Hasta la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, Hider no se consigue proclamarse Führer (Caudillo, Duce) e imponer el juramento al ejército de "obediencia incondicional al Führer del Reich y al pueblo alemán" -cuyas consecuencias conocemos sobradamente por los procesos de Nuremberg. Pues bien, recordémoslo, era el 22 de marzo del 33 cuando nació el primer campo.

El segundo malentendido concierne a la pregunta: para quién estaban hechos los campos.

Los primeros deportados fueron comunistas y socialistas alemanes; pocos meses después les tocó el turno a los reos de delitos comunes; después del asesinato de Ernst Röhn (30 de junio de 1934), que era no sólo rival político de Hitler sino un pederasta notorio, fueron enviados a los campos los homosexuales; en 1935 los objetores de conciencia; en 1938, los asociales (cazadores furtivos, vagabundos, gitanos, mendigos, rateros). Los judíos llegaron en masa a los campos después de la "Noche de los cristales rotos" [9-10 de noviembre de 1938, jus-

tincada como respuesta popular], el *progrom* organizado a raíz del asesinato en París del secretario tercero de la embajada alemana Ernst Von Rath, obra de un joven judío (V. y L. Pappalettera, *La parola agli aguzzini, le SS e i Kapó di Mauthausen svelano le leggi del Lager*, 1969).

Recordemos además que la respuesta oficial, el decreto "Noche y Niebla" es del 12 de diciembre de 1941 -al día siguiente de que el Reich declarara la guerra a EE. UU. Y habida cuenta de la aficción de la política nazi por los gestos de fácil lectura no cabe duda de que habría que vincular ambas decisiones. Así las cosas, la interpretación de Auschwitz en términos de proyecto genocida del pueblo judío, a pesar de lo que pueda leerse en *Mein Kampf*, parece vacilar. Ni siquiera la evidencia vil de las cifras de víctimas, tantas veces aducida, apoya esta hipótesis: las estimaciones más fiables hablan de cuatro millones de judíos, un cuarto de millón de gitanos y alrededor de seis millones de prisioneros de guerra soviéticos (E. Kogon, *Der SS-Staat, das System der deutschen Konzentrationslager*, 1946). ¿Qué pensar entonces?

La Shoa

Alrededor de Auschwitz, es indudable que también existe el malentendido judío -aquel que hace del judío la víctima propiciatoria, específica de la política concentracionaria nazi. Es indudable que existe una capitalización épica del judaísmo, tematizada con el viejo motivo de la Shoa (la *catástrofe* de la que se habla en Isaías, 10.3) y la noción de pueblo elegido. Como también se ha hablado de una voluntad de exonerarse de la docilidad y las complicidades propias, comenzando por la política de los Consejos Judíos (*Judenrat*), implicadas en el genocidio. En cualquier caso, probablemente uno puede desconfiar cuando es un "Triángulo rojo", un "político", quien afirma: "He visto morir a otros judíos, en cantidad, que morían como judíos, es decir, sólo porque eran judíos, como si pensarán que ser judíos era una razón suficiente para morir así, para dejarse matar así" (J. Semprún, *El largo viaje*, 1964). Sin embargo, las suspicacias se hacen más inconsistentes cuando las recriminaciones provienen de un judío:

Ellos [los Judíos] también habían dado sus pasos; ellos también lo habían sabido todo de antemano, ellos también habían despedido a mi padre como si fuéramos a enterrarlo, e incluso más tarde sólo habían discutido por asuntos triviales como si era más conveniente coger el autobús o el tren de cercanías para ir a Auschwitz (I. Kersetz, *Sin destino*, 1989).

Las protestas por las cruces erigidas en las afueras de Auschwitz o por la canonización de Edith Stein, por poner tan sólo dos ejemplos recientes, son algo más que mera anécdota a endosar en la cuenta del fanatismo religioso: hablan claramente de una manipulación histórica de amplio alcance ante la que no cabe sino replicar que nada de lo que fue Auschwitz puede ser comprendido desde la noción de Holocausto (una noción, por otra parte, trabajosamente construida desde que, en 1951, se instaura en Israel la celebración del Yom ha-Shoa).

El exterminio

Se ha repetido hasta la saciedad, insistiendo en su alto valor simbólico, que el gas utilizado originalmente en las ejecuciones masivas era el mismo que servía para la desparasitación de piojos y chinches. La evidencia de un proyecto de exterminio parece de este modo inapelable. Sin embargo, hay algo que conviene no dejar de tener presente al respecto. Indudablemente, el término "universo concentracionario" (D. Rousset, *L'Univers concentrationnaire*, 1946) es acertado. El número de campos llegó a ser de 2,259 (A. y H. Edelheit, *History of the Holocaust*, 1994): en Alemania (1,470), Austria (89), Bélgica (10), Checoslovaquia (47), Dinamarca (2), Estonia (1), Francia (73), Holanda (25), Italia (9), Latvia (6), Libia (9), Lituania (12), Noruega (30), Polonia (453), Rumania (4), Rusia (5), Yugoslavia (14). Ahora bien, no debe olvidarse que, en el organigrama nazi, de más de treinta tipos diferentes de campos, sólo uno de ellos era considerado de exterminio (*Vernichtungslager*). Dicho de otro modo, que no debe confundirse la etapa terminal del sistema concentracionario nazi (por otra parte, la única de la que poseemos documentación suficiente y a la que pertenecen la

mayor parte de las impactantes imágenes por todos conocidas), en la que la conciencia de derrota y la voluntad de eliminar pruebas y testigos condujeron a una auténtica desbandada asesina, no debe confundirse con el funcionamiento normal, espantosamente normal, de la cotidianidad de Auschwitz. Lo terrible es que Auschwitz fuera posible, no el modo como intentó borrarse su memoria.

La barbarie nazi

I. La apelación a la irracionalidad y barbarie de los nazis para explicar Auschwitz no deja de ser una hipótesis consoladora. Sabemos que, a pesar de lo dispuesto por la Convención de Ginebra sobre el uso de prisioneros civiles en trabajos forzados, éstos son práctica corriente, desde la *Zwangsarbeite* de 26 de octubre de 1939. En 1945, la fuerza de trabajo esclava se calcula por encima de los siete millones de personas, de las que más de la mitad provienen de Polonia y la Unión Soviética. Lo que el Lager pone en obra es una brutal radicalización de la ley del salario enunciada por Marx: 1,200 calorías diarias por 12 horas de trabajo es igual a 9 meses de expectativa de vida. *Arbeit machí freí*, la divisa que orna la entrada de Dachau, es cualquier cosa menos una consigna vagamente moralizante -es literal, y la libertad que promete es la de los hornos crematorios, nueve meses después. J. Semprún lo afirma así: "Lo esencial es que somos mano de obra. Sólo que nuestra fuerza de trabajo no se compra, no es necesario, económicamente, asegurar su reproducción. Cuando se haya agotado nuestra fuerza de trabajo, los SS irán a buscar más". Desde esta óptica, la gesta de gentes como el "rescatador" Oskar Schindler no deja de ser, cuanto menos, ambigua -por más embellecida por Hollywood que se nos presente.

Desde muy pronto, el comandante de campo queda equiparado, con otro sueldo, a un capitán de la industria o dirigente de negocios. Los esclavos trabajan para, recuérdense las marcas que no será difícil localizar en nuestro entorno, Siemens, Halske, Skoda, I. G.Farben, Krupp, Daimler-Benz, Epp, Ford... Hoy son todavía industrias en activo, tan en activo como la empresa que fabricaba las cámaras de gas y los hornos crematorios (LA. Topf und Söhne), según testimonio de R

Lcvi. Los trabajos forzados no son pues ni algo anecdótico ni una emergencia provocada por la situación bélica. El General O. Póel, Jefe de la Oficina Central de Administración y Economía del Reich (WVHA), a las órdenes directas de Himmler, declaró en Nuremberg: "La guerra no hubiera debido poner fin al universo concentracionario. Los campos debían contribuir a la marcha de la sociedad industrial". Sólo desde esta óptica tiene sentido la circular que en 1942, después de la caída de Stalingrado, Pöhl envía a los responsables médicos y jefes de los campos:

Adjunta se remite, para su conocimiento, una estadística de las presencias en los campos. Resulta de ella que de los ciento cincuenta y seis mil ingresados han muerto más de setenta mil. Con un porcentaje tan elevado el número de detenidos no podrá alcanzar el nivel deseado por el Reichsführer. Los médicos deberán emplear todos los medios a su disposición para reducir notablemente el porcentaje de mortalidad. En un campo, el mejor médico no es el que cree hacer méritos con una dureza impropia, sino el que mantiene lo más alta posible la capacidad de trabajo de los detenidos (R. Schnabel, *Macht ohne Moral, Fine Dokumentation über die SS*, 1957).

II. Otro tanto podría decirse de los compromisos y vinculaciones que la ciencia establece con el universo concentracionario del que Auschwitz es emblema. En noviembre de 1939 se autoriza la utilización de cobayas humanas al Dr. S. Rascher, en Dachau, para experimentar los efectos de la resistencia humana a los vuelos a gran altura. A partir de ese momento, los "experimentos médicos" se suceden con tal profusión que, aunque rechazado como criterio por los tribunales de Nuremberg, se propuso diferenciar los experimentos que eran compatibles con la práctica médica, aunque su aplicación violara la ley, y aquellos cuyos propósitos eran irreconciliables con las normas de la investigación médica. De este modo, uno setía el caso de las carnicerías del Dr. J. Mengele y otro muy diferente el de, por ejemplo, el Dr. J. R. Kremer, autor de una publicación sobre las modificaciones de las células de animales de sangre fría privadas de alimento, quien, tras ser destinado a Auschwitz, lleva a cabo una investigación sobre las modificaciones del tejido muscular debidas a la desnutrición. Que no todos eran Mengele es evidente, y el ejemplo del eminente ginecólogo, Dr. Cari Clauberg, basta

para probarlo -y, de rechazo, para probar que tal prueba no implica ningún alivio.

Nadie podía obligar a este especialista reputado a trabajar en un campo de exterminio. Y, de hecho, la correspondencia que se ha conservado muestra que fue él quien personalmente le pidió a Himmler autorización para experimentar con las mujeres internadas en Auschwitz, ya que buscaba un procedimiento de esterilización rápido, sin operación. Sus experiencias debían servir a la «política demográfica negativa», que es como el Reichsführer acostumbraba a calificar las matanzas organizadas del nacionalsocialismo. Clauberg debía encontrar la respuesta a una pregunta que preocupaba a las autoridades de todos los campos: cómo liquidar a los pueblos juzgados inferiores preservando su mano de obra para el armamento (H. Langbein, *Hommes et femmes a Auschwitz*, 1975).

La mera lista de experimentos médicos es impresionante: castración (Dr. Clauberg, Auschwitz), órganos genitales femeninos (Dr. Clauberg, Auschwitz), gangrena (Dr. Gebhardt, Ravensbrück), grandes alturas (Dr. Ruff, Dachau), gas mostaza (Dr. Hirt, Natzweiler), fosgeno (Dr. Bickenbach, Natzweiler), cámara de presión (Dr. Rascher, Dachau), esterilización (Dr. Clauberg, Auschwitz), sulfanilamida (Dr. Gebhardt, Ravensbrück), tuberculosis (Dr. Heissmeyer, Bullenhauser Dam), gemelos (Dr. Mengele, Auschwitz), tifus (Dr. Hoven, Buchenwald), útero (Dr. Wirths, Auschwitz) (E. A. Cohen, *Human behavior in the concentraron camp*, 1953). Es ocioso añadir que, en tales experimentos, murieron miles de personas. Lo importante tal vez sea preguntar qué se hizo de los médicos tras la guerra, y a dónde fueron a parar los resultados de sus investigaciones. No fueron pocos los que recibieron una segunda identidad en EE. UU, "para evitar que cayesen en manos de gobiernos comunistas" -como bien saben gentes como I. Klich, actual coordinador de la *Comisión para el esclarecimiento de actividades del nazismo en Argentina*. Aunque para hacernos una idea quizá baste con recordar quién era el responsable de Cabo Cañaveral cuando comenzó en EE. UU la llamada carrera espacial: nada menos que Mr. Von Braun, el inventor de las temibles VI y V2, las bombas sin tripulante con las que los nazis aterrorizaron Londres.

La zona gris

En cierto sentido, no impresionan tanto los millones de ejecutados en los campos nazis cuanto los más de 100,000 hombres, entre Kapos, soldados y SS, que fue físicamente necesario que se hicieran cómplices activos para llevar a cabo estas ejecuciones. ¿Qué se hizo de ellos?

Los americanos ajusticiaron a 284; unos 300 Rieron ajusticiados en total por ingleses, franceses y polacos; añadamos los 22 ahorcados de Nuremberg por sentencia del Tribunal Internacional: unos 600 en total. Los prisioneros de los americanos condenados a penas de detención fueron todos puestos en libertad entre 1949 y 1955, mediante actos de clemencia del mando americano en Europa (V. y L. Pappalettera, *op. cit.*).

No hablemos ya de los administradores a distancia del horror, ni de la incontable legión de cómplices más o menos pasivos, que fueron casi todos. Primo Levi escribe al respecto:

Ante los millones de muertos me parece ocioso y odioso discutir si se trató o no de agresiones espontáneas: por lo demás, los alemanes están poco inclinados a la espontaneidad. Pero puedo recordarle que nada obligaba a los industriales alemanes a servirse de esclavos hambrientos más que su propio provecho; que nadie obligó a la sociedad Topf (hoy floreciente en Wiesbaden) a construir los enormes crematorios múltiples de los Lager; que puede que a los SS se les ordenase que mataran a los judíos, pero que el enrolamiento en las SS era voluntario; que yo mismo encontré en Katowice, después de la liberación, montones de paquetes impresos en los cuales se autorizaba a los padres de familia alemanes a retirar gratis vestidos y zapatos de adulto y de *niños* de los alemanes de Auschwitz; ¿es que nadie se preguntaba de dónde procedían tantos zapatos de niños? (*Op. cit.*).

Todos ellos, todos los cómplices, con excepciones numéricamente irrelevantes, continuaron su vida normal tras el paréntesis de la guerra. De la Europa del estraperlo, el plan Marshall y la guerra fría a la Europa de Maastricht. Eso es lo verdaderamente importante: la emergencia

de esa *zona gris* de Kapos, Prominenten, y testigos complacientes y silenciosos que está lejos de haber acabado, antes al contrario, con Auschwitz.

Me han impresionado mucho -escribe G. Deleuze (*Pourparlers*, 1990)- las páginas de Primo Levi en donde explica cómo los campos de exterminio nazis nos han inoculado "la vergüenza de ser hombres". No porque, dice, todos seamos responsables del nazismo, como se nos intenta hacer creer sino porque hemos sido mancillados por él: incluso los supervivientes de los campos se vieron obligados a aceptar compromisos, aunque sólo fuera para sobrevivir. Vergüenza de que hayan existido hombres capaces de ser nazis, vergüenza de no haber sabido o de no haber podido impedirlo, vergüenza de haber aceptado compromisos, eso es lo que Primo Levi llama "la zona gris". Sucede que a veces experimentamos la vergüenza de ser hombres en circunstancias ridículas: ante un pensamiento demasiado vulgar, un programa de variedades, el discurso de un ministro o las declaraciones de los "vividores". Este es uno de los más poderosos motivos para filosofar, para constituir una filosofía política. Lo único universal del capitalismo es el mercado. No hay Estado universal porque ya existe un mercado universal cuyos focos y cuyas Bolsas son los Estados. No es unversalizante ni homogeneizador, es una terrible fábrica de riqueza y miseria. Los derechos humanos no conseguirán santificar las "delicias" del capitalismo liberal en el que participan activamente. No hay un sólo estado democrático que no esté comprometido hasta la saciedad en esta fabricación de miseria humana.

La posteridad de Auschwitz, la pervivencia futura de esa zona gris de la insolidaridad entre las víctimas y de la complicidad con los verdugos, hace ya bastante tiempo que quedó dibujada en el lamento piadoso de A. Camus (*L'Homme revolté*, 1951):

Una nueva, y bastante repugnante, raza de mártires nace en este momento [el del advenimiento de las teocracias totalitarias del siglo XX y el terror del Estado]. *Su martirio consiste en aceptar inflingir el sufrimiento a los otros; se convierten en esclavos de su propio dominio.* Para que el hombre se convierta en dios, es preciso que la víctima se rebaje

a convertirse en verdugo. Por ello víctima y verdugo están igualmente desesperados. Ni la esclavitud ni el poderío coincidirán en adelante con la felicidad, los amos serán taciturnos y los siervos huraños.

Es en este sentido que resulta cuanto menos ingenuo hablar de un después de Auschwitz.

Postdata

Podríamos concluir recordando cómo Deleuze nos describe, desde la mirada silenciosa de M. Foucault, ese futuro del "después de Auschwitz" en el que se asienta nuestro presente:

Foucault situó las sociedades disciplinarias en los siglos XVIII y XIX; estas sociedades alcanzan su apogeo a principios del siglo XX. Operan mediante la organización de grandes centros de encierro. El individuo pasa sucesivamente de un círculo cerrado a otro, cada uno con sus leyes; primero, la familia, después la escuela ("ya no estás en tu casa"), después el cuartel ("Ya no estás en la escuela"), a continuación la fábrica, cada cierto tiempo el hospital y a veces la cárcel, el centro de encierro por excelencia. La cárcel sirve como modelo analógico: la heroína de *Europa 51* exclama, cuando ve a los obreros: "creí ver a unos condenados". Foucault ha analizado a la perfección el proyecto ideal de los centros de encierro, especialmente visible en las fábricas: concentrar, repartir en el espacio, ordenar en el tiempo, componer en el espacio tiempo una fuerza productiva cuyo efecto debe superar la suma de las fuerzas componentes. Pero Foucault conocía la escasa duración de este modelo: fue el sucesor de las *sociedades de soberanía*, cuyos fines y funciones eran completamente distintos (gravar la producción más que organizarla, decidir la muerte más que administrar la vida); la transición fue progresiva, Napoleón parece ser quien obra la conversión de una sociedad en otra. Pero también las disciplinas entraron en crisis en provecho de nuevas fuerzas que se iban produciendo lentamente, y que se precipitaron después de la segunda guerra mundial: las sociedades disciplinarias son nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser.

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un "interior" en crisis, como lo son los demás interiores (el escolar, el profesional, etcétera). Los ministros competentes anuncian constantemente las supuestamente necesarias reformas. Reformar la escuela, reformar la industria, reformar el hospital, el ejército, la cárcel; pero todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas. Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan esas nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas. Se trata de las *sociedades de control*, que están sustituyendo a las disciplinarias. "Control" es el nombre propuesto por Bourroughs para designar el nuevo monstruo que Foucault reconoció como nuestro futuro inmediato. También Paul Virilio ha analizado continuamente las formas ultrarápidas que adopta el control "al aire libre" y que reemplazan a las antiguas disciplinas que actuaban en el periodo de los sistemas cerrados. No cabe responsabilizar de ello a la producción farmacéutica, a los enclaves nucleares o a las manipulaciones genéticas, aunque tales cosas están destinadas a intervenir en el nuevo proceso. No cabe comparar para decidir cuál de los dos regímenes es más duro o más tolerable, ya que tanto las liberaciones como las sumisiones han de ser afrontadas en cada uno de ellos a su modo. Así, por ejemplo, en la crisis del hospital como medio de encierro, es posible que la sectorialización, los hospitales de día o la asistencia domiciliaria hayan supuesto en un principio nuevas libertades; ello no obstante, participan igualmente de mecanismos de control que no tienen nada que envidiar a los más terribles encierros. No hay lugar para el temor ni para la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas.

Una objeción

Ante lo dicho, una réplica de un superviviente del horror como Primo Levi (*Conversazione con Primo Levi*, 1987) es particularmente pertinente, en especial si se tiene en cuenta la salvedad ("la segunda etapa") que establece en su respuesta. La cuestión que se le plantea es:

Benjamin dijo alguna vez que el campo de concentración no es una condición anormal y carente de comparaciones con el resto del mundo:

el campo de concentración no es más que un grado de condensación de una condición generalizada en el mundo. El campo de concentración es, en suma, especular a la estructura de cada sociedad: allí también encontramos a los salvados y a los hundidos, a los opresores y a los oprimidos.

La respuesta de Primo Levi es la siguiente:

Le contesto en dos etapas. Primero, con una repulsa; comparar el mundo con el campo de concentración provoca en nosotros, los "tatuados", los "marcados" una repulsa; no, no es así, no es cierto que la Fiat sea un campo de concentración, que el hospital psiquiátrico sea un campo de concentración. En la Fiat no hay cámara de gas, y en el hospital psiquiátrico se está muy mal pero no hay hornos crematorios, existe una salida, se recibe a los parientes. Estas pintadas que he visto alguna vez en las paredes "fábrica igual a campo de concentración", "escuela igual a campo de concentración" me repugnan: no es verdad. Sin embargo, y paso ahora a la segunda etapa, pueden servir como metáfora. Yo mismo escribí en *Se questo e un uomo* que el campo de concentración era un espejo de la situación externa, pero un espejo deformante. Por ejemplo, la instauración automática y fatal de una jerarquía entre las víctimas es un hecho sobre el que no se ha razonado lo suficiente; el hecho de que en todas partes exista el prisionero que hace carrera a costa de sus compañeros.

¿Cabe una moraleja?

En este espacio de la zona gris hoy generalizada, ¿cabe extraer una lección de todo el dolor de Auschwitz? A buen seguro, de haber una moraleja, no podría formularse mejor que con estas palabras:

El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo: aceptar el infierno y volverse paite de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio (I. Calvino, *Le città invisibili*, 1972).